

«Un veraz, agudo, irreverente y divertido ensayo sobre la condición de la mujer pequeñoburguesa en Occidente.»

Del prólogo de Arcadi Espada



El varón domado



Esther Vilar

Traducción
de Silvia Yusta

DEUSTO

El varón domado

ESTHER VILAR

Traducción de Silvia Yusta



EDICIONES DEUSTO

Título original: *Der Dressierte Mann*

© Esther Vilar, 1971

© del prólogo: Arcadi Espada, 2023

© de la traducción: Silvia Yusta, 2023

The book has been negotiated through AVA international GmbH, Germany
(www.ava-international.de).

© Centro de Libros PAFP, SLU., 2023

Deusto es un sello editorial de Centro de Libros PAFP, SLU.

Av. Diagonal, 662-664

08034 Barcelona

www.planetadelibros.com

Primera edición: octubre de 2023

Depósito legal: B. 15.178-2023

ISBN: 978-84-234-3638-5

Preimpresión: Realización Planeta

Impreso por Romanyà Valls, S. A.

Impreso en España - *Printed in Spain*

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

Sumario

Prólogo.....	9
Introducción.....	17
1. De la felicidad de los esclavos.....	23
2. ¿Qué es el hombre?	27
3. ¿Qué es la mujer?.....	35
4. El horizonte femenino.....	43
5. El bello sexo.....	51
6. El universo es masculino.....	59
7. Su estupidez hace divina a la mujer	69
8. Trucos de doma	75
9. Doma mediante el autodesprecio	83
10. Glosario	91
11. Las mujeres son insensibles	95
12. El sexo como recompensa.....	101
13. La libido femenina.....	109
14. La doma a través de la argucia.....	117
15. La comercialización de las plegarias.....	125
16. Autodoma	133
17. Los hijos como rehenes.....	141
18. Los vicios femeninos	151
19. La máscara de la feminidad	161

20. El mundo profesional, un coto de caza.....	171
21. La mujer «emancipada».....	179
22. <i>Women's liberation movement</i>	187
23. ¿Qué es el amor?	205

De la felicidad de los esclavos

El MG amarillo limón derrapa. La joven al volante lo detiene con cierta temeridad, se baja y descubre que la rueda delantera izquierda está pinchada. Sin perder un instante, adopta las medidas oportunas para repararla: dirige su mirada hacia los coches que pasan, como si esperara a alguien. Ante esta señal internacionalmente estandarizada de indefensión femenina —mujer débil defraudada por la tecnología masculina—, no tarda en detenerse una furgoneta. De un simple vistazo, el conductor detecta el problema. Con un tono tranquilizador, le dice: «Esto lo arreglamos en un momento» y, mostrando su propia determinación, le pide a la mujer el gato. No le pregunta si ella misma puede cambiar la rueda, ¿para qué?, ya sabe que no puede (ella tendrá unos treinta años, viste a la moda y va maquillada). Como no encuentra el gato, él va a por el suyo y, de paso, trae consigo el resto de sus herramientas. Cinco minutos más tarde, la nueva rueda ya está montada y la pinchada a buen recaudo en su lugar corres-

pondiente. Tiene las manos manchadas de grasa. La mujer le ofrece un pañuelo bordado que él rechaza con educación. Siempre guarda un trapo viejo en su caja de herramientas para estas ocasiones. La mujer le da las gracias con efusividad y se disculpa por su «típica impericia femenina». Si él no se hubiera detenido, le dice, probablemente se habría quedado ahí plantada hasta el anochecer. Él no contesta, pero cuando ella entra en el coche, cierra galante la puerta y a través de la ventanilla bajada le aconseja que sustituya pronto la rueda pinchada. Ella asegura que esa misma noche pedirá a su mecánico habitual que se encargue de hacerlo. Y se aleja.

Mientras recoge sus herramientas y se vuelve al coche, el hombre lamenta no poder lavarse las manos en ese momento. Al haber estado cambiando la rueda sobre barro húmedo, sus zapatos tampoco están todo lo limpios que cabría esperar en alguien con su profesión: es comercial. Además, tiene que darse prisa si quiere llegar a tiempo a su próxima cita. Arranca el motor. «Mujeres —piensa—, la una más tonta que la otra». Y se pregunta qué habría hecho ésta si él no hubiera pasado por allí en ese momento. Pisa el acelerador y conduce más rápido de lo habitual para compensar el retraso. Al rato, empieza a tararear. En cierto modo, se siente feliz.

La mayoría de los hombres se habría comportado exactamente igual en la misma situación, la mayoría de las mujeres también. Sin titubear, por el mero hecho de que él es un hombre y ella es algo completamente distinto, la mujer

se servirá del trabajo de un hombre cada vez que se presente la oportunidad. ¿Qué otra cosa podría haber hecho esta mujer más que esperar? Lo único que le han enseñado es que cuando tiene una avería, debe recurrir a un hombre. En cambio, el hombre, que ha prestado un servicio a un completo desconocido de forma rápida, experta y gratuita, ha estropeado su ropa, puesto en peligro la conclusión de un negocio e incluso a sí mismo por conducir a gran velocidad, aparte de cambiar la rueda, podría haber reparado una docena de averías más. Y lo habría hecho. Se formó expresamente para eso. ¿Y por qué debería aprender una mujer a reparar un coche cuando la mitad de los seres humanos, los hombres, ya saben hacerlo y además están dispuestos a poner sus habilidades a disposición de la otra mitad?

Las mujeres dejan que los hombres trabajen para ellas, piensen por ellas, asuman todas sus responsabilidades. Las mujeres explotan a los hombres. Y, sin embargo, los hombres son fuertes, inteligentes e imaginativos; las mujeres, en cambio, débiles, tontas y carentes de imaginación. Entonces, ¿cómo es posible que sean las mujeres las que se aprovechan de los hombres y no al revés?

¿Será que la fuerza, la inteligencia y la imaginación no son requisitos indispensables del poder, sino de la sumisión? ¿Acaso el mundo no lo gobiernan los capaces, sino aquellos que no sirven para otra cosa, es decir, las mujeres? Y si eso es así, ¿cómo consiguen las mujeres que sus víctimas no se sientan traicionadas y humilladas, sino como lo que en modo alguno son, como los amos y señores? ¿Cómo

consiguen las mujeres infundirles ese sentimiento de felicidad cuando trabajan para ellas, esa sensación de orgullo y superioridad que los incita a alcanzar logros cada vez mayores?

¿Por qué nunca se desenmascara a las mujeres?

¿Qué es el hombre?

¿Qué es el hombre? El hombre es un ser humano que trabaja. Con su trabajo se mantiene a sí mismo, a su esposa y a los hijos de su esposa. Una mujer, en cambio, es un ser humano que no trabaja o sólo lo hace de forma esporádica. Durante la mayor parte de su vida no se mantiene a sí misma ni a sus hijos, no digamos ya a su marido.

Cualquier cualidad que una mujer encuentre útil en un hombre, la califica de masculina; todas las demás, sin utilidad ni para ella ni para nadie, las considera afeminadas. Para tener éxito con las mujeres, el hombre debe tener un aspecto masculino, es decir, en perfecta sintonía con su única razón de ser, el trabajo. Su complexión debe ser tal que le permita cumplir en todo momento cualquier tarea que se le encargue.

Salvo por la noche, cuando la mayoría de los hombres lleva pijamas de rayas de colores con uno o dos pares de bolsillos, los hombres visten una especie de uniforme de color gris o marrón confeccionado con un material duradero

capaz de resistir la suciedad. Esos uniformes o trajes, que así se los llama, suelen tener hasta diez bolsillos que le permiten al hombre tener siempre a mano los utensilios más imprescindibles para su trabajo. En cambio, como la mujer no trabaja, su ropa tanto de día como de noche carece de bolsillos.

En los eventos sociales se permite al hombre vestir de un color menos sufrido, el negro. El peligro de ensuciarse en estas ocasiones no es tan grande y, además, el negro realza aún más el colorido vestuario de la mujer. Se agradece, sin embargo, la presencia ocasional de hombres ataviados con traje de etiqueta verde o incluso rojo: refuerzan la masculinidad de los hombres de verdad presentes.

El resto del aspecto del hombre también se adapta a su situación. Su estilo de corte de pelo es tal que le basta con un cuarto de hora en la peluquería cada dos o tres semanas para mantenerlo arreglado. Rizos, ondas o tintes no son aconsejables; no harían más que entorpecer en su trabajo, que a menudo le obliga a estar en el exterior, si es que no lo desempeña directamente al aire libre. E incluso si los llevara y le quedaran bien con total certeza no aumentarían su éxito con las mujeres, porque éstas, a diferencia de los hombres, nunca juzgan a los hombres por criterios estéticos. Los hombres que optan por cortes de pelo más personalizados, al cabo de un tiempo suelen constatar eso por sí mismos y regresan a una de las dos o tres variantes de los peinados masculinos estándar, cortos o largos. Lo mismo ocurre con la barba. Sólo los hombres hipersensibles, generalmente intelectuales que pretenden aparentar robustez mental a través de un crecimiento descontrolado del vello facial, llevan

barba completa al menos durante un tiempo. Las mujeres lo toleran porque les resulta un indicio nada desdeñable de su constitución y, por tanto, de la naturaleza particular de su utilidad: muestra en qué ámbito laboral es más fácil usar a esos hombres, a saber, en el de los intelectuales neuróticos.

Por lo general, al hombre le basta con tres minutos de maquinilla eléctrica por la mañana para mantener a raya la barba. Para el cuidado de la piel, sólo agua y jabón. Sólo se le exige que exhiba su rostro limpio y sin maquillaje para que cualquiera pueda ver cómo es. En cuanto a sus uñas, ha de llevarlas tan cortas como lo requiera su trabajo.

Salvo la alianza de boda, señal de que una mujer ya usa a ese hombre en concreto para un fin particular, un hombre realmente varonil no lleva ornamentos. El reloj de pulsera, grande y funcional, con calendario y resistente al agua y a los golpes, no puede considerarse un adorno. Casi siempre es un regalo de la mujer para la que trabaja.

La ropa interior, las camisas y los calcetines del hombre viril se han estandarizado hasta tal punto que, como mucho, difieren de un hombre a otro en la talla. Pueden comprarse en cualquier tienda sin apenas perder tiempo. Sólo en la elección de las corbatas tendría el hombre cierta libertad, pero como no está acostumbrado a la libertad en ninguna de sus formas, deja esta elección a la mujer; y de paso, también la del resto de su indumentaria.

Pese a lo mucho que los hombres se asemejan por fuera —un observador de otro planeta asumiría que pretenden

parecerse entre sí como dos gotas de agua—, la forma en que evidencian su masculinidad, es decir, su utilidad para los propósitos de las mujeres, es, a la fuerza, muy diferente: como las mujeres casi nunca trabajan, necesitan a los hombres para todo.

Hay hombres que a las ocho de la mañana sacan cuidadosamente su lujoso automóvil del garaje. Otros acuden a su lugar de trabajo una hora antes conduciendo un turismo de gama media. Mientras que otros cogen el autobús, el tren o el metro cuando aún es noche cerrada para dirigirse a la obra o a la fábrica en la que trabajen, llevando bajo el brazo un viejo maletín con un mono de trabajo y un par de bocadillos para desayunar. Por azares del destino, un destino despiadado, son siempre estos últimos, los más humildes, quienes acaban explotados por las mujeres menos atractivas. Como a las mujeres lo único que les interesa de los hombres es su dinero, y a los hombres de las mujeres su aspecto físico, en su entorno son siempre los hombres con mayores ingresos los que se llevan a las mujeres más deseadas.

Independientemente de a qué se dedique un hombre en su día a día, siempre tendrá algo en común con el resto: pasa sus días de manera denigrante. No lo hace pensando en sí mismo, en su propia supervivencia. Con un esfuerzo mucho menor sería más que suficiente, al fin y al cabo, los hombres no dan importancia al lujo. Lo hace en beneficio de otros y eso le hace sentirse inmensamente orgulloso. Tiene fotos de su mujer y sus hijos sobre su escritorio y las muestra siempre que puede.

Cualquiera que sea su actividad profesional, ya sea hacer números, curar enfermos, conducir un autobús o dirigir una empresa, el hombre forma parte, en todo momento, de un engranaje gigantesco e implacable diseñado exclusivamente para explotarle al máximo, y permanece a su merced hasta el final de sus días.

Quizá hacer números y comparar unas cantidades con otras resulte interesante, pero ¿durante cuánto tiempo? ¿Toda una vida? Ciertamente no. ¡Qué emocionante debe de ser conducir un autobús por toda la ciudad! Pero ¿el mismo autobús con la misma ruta y en la misma ciudad, día tras día, año tras año? Sin duda debe de resultar excitante tener poder sobre la multitud de empleados de una gran empresa. Pero ¿y si descubres que en realidad eres su prisionero y no su señor?

A los juegos que jugábamos de niños, ¿seguimos jugando de adultos? Evidentemente no. Ni siquiera de pequeños jugábamos siempre a lo mismo, sólo hasta aburrirnos. Pero el hombre es como un niño que tiene que jugar a lo mismo durante el resto de su vida. La razón es obvia: desde el momento en que se elogia más su habilidad en uno de esos juegos que en los demás, se le obliga a especializarse en él. Como con ese «don» puede ganar más dinero que haciendo cualquier otra cosa, se ve condenado a dedicarse a él de por vida. Si en el colegio se le daban bien los números, se pasará la vida entre números, ya sea de contable, matemático o programador, porque ahí reside su máximo potencial laboral. Se dedicará a hacer cálculos, a comparar cifras o a trabajar con máquinas que tabulen números, pero jamás se le ofrecerá la posibilidad de decir: «Hasta aquí, estoy harto.

Quiero hacer algo diferente». La mujer que lo utiliza nunca le permitirá buscar algo realmente distinto. Azuzado por esta mujer, es posible que emprenda una lucha feroz contra sus rivales para ascender a través de la jerarquía de contables y llegue a gerente o director de banco. Pero ¿no es excesivo el precio que paga por mejorar su salario?

A un hombre que cambia de modo de vida, es decir, de profesión —pues vida y profesión son sinónimos para él—, se le considera poco fiable. Si lo hace más de una vez, la sociedad lo expulsa y acaba por quedarse solo. Y es que la sociedad son las mujeres.

El miedo a tal consecuencia ha de ser considerable. Un médico, al que de pequeño le encantaba enredar con renacuajos en tarros de conservas, ¿por qué si no se iba a pasar toda la vida abriendo úlceras repugnantes, inspeccionando excrementos humanos de todo tipo y relacionándose día y noche con gente tan repulsiva que espantaría a cualquiera? Un pianista, que no era más que un niño al que le gustaba improvisar melodías, ¿por qué otro motivo tocaría por enésima vez el mismo nocturno de Chopin? Y un político, que lo es simplemente porque en el patio del colegio descubrió por casualidad un puñado de tretas para manipular al resto, ¿se pasaría, ya en la edad adulta, décadas soltando infinitas frases insustanciales en su papel de funcionario de segunda? ¿Realmente disfruta haciendo todas esas muecas, gesticulando y haciéndose el tonto ante toda la charlatanería de sus rivales políticos? Seguramente en algún momento soñó con una vida distinta. E incluso si llegara a convertirse en presidente de Estados Unidos, ¿no habría pagado un precio demasiado alto?

No, cuesta imaginar que a los hombres les gusta hacer lo que hacen y no sienten deseos de cambiar. Lo hacen porque están domados. Toda su vida no es más que una lúgubre sucesión de reflejos condicionados propios de un animal amaestrado. Un hombre que ya no domina tales artificios, cuya capacidad de ganar dinero se ha reducido, se convierte en un «fracasado» y lo pierde todo: esposa, familia, hogar, el sentido de la vida, en definitiva, toda sensación de seguridad.

Lógicamente, también se podría argumentar que un hombre que ha perdido su capacidad de ganar dinero se libera de forma automática y estaría encantado con ese final feliz. Pero la libertad es lo último que desea. Funciona, como veremos más adelante, siguiendo el principio del «placer en la falta de libertad». Una libertad vitalicia le resultaría aún más terrible que la esclavitud perpetua.

En otras palabras, el hombre siempre está buscando a alguien o algo que le esclavice, pues sólo como esclavo se siente a salvo. Y casi siempre escoge a una mujer. Pero ¿quién o qué es esa criatura que le esclaviza, a la que debe esa vida vejatoria, que le explota mediante todas las artimañas posibles y con la única que se siente seguro?